

El Bazar

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 162.

Sevilla.—Martes 18 de Julio de 1899

AÑO XXIII.

FUERA CARETAS

Ministeriales y opositoristas de todos colores, y con ellos las Cámaras de Comercio y la Liga de Productores, andan a vueltas con los presupuestos, tirando de aquí y de allá para obtener economías y procurar la modificación de ciertos impuestos y la supresión de otros, atacando a los gastos.

Emplastos, cataplasmas, paños calientes: este es el sistema, que no puede ofrecer otros resultados que beneficiar a unos con perjuicio de otros, pero sin atacar el verdadero problema, que, con habilidad y arte extraordinarios, sortean los hombres del poder y sus émulos, unidos éstos a sus auxiliares neutros.

Aún no se ha presentado un espíritu fuerte, un hombre independiente, que haya dicho la verdad desnuda, y que, en frente de las vergonzosas componendas parlamentarias, haya denunciado ante la Nación las verdaderas causas del desastre; y ya que ellos no lo han hecho, levanta su voz esta modesta publicación periodística, que no tiene más ambición que decir la verdad y presentar a sus favorecedores el problema en toda su desnudez.

La invasión del jesuitismo y de las órdenes religiosas, empujadas y apoyadas por el régimen, nos han conducido al más espantoso retroceso, haciéndonos aparecer como un pueblo místico que no tiene en el mundo otra misión que llenar que la de prepararse, por medio de la confesión, para alcanzar el reino de los cielos. Por esto somos holgazanes, abandonados, viciosos é incultos. Por esto nos dejamos llevar del destino, confiados en que la Providencia nos ha de deparar unos momentos de contrición para ganar, con la bendición del cura ó con el agua del hisopo, la gloria eterna.

La Iglesia, y sobre todo el monaquismo, el clericalismo y los loyolas, que así lo han entendido, nos estiman materia explotable, y con la constante amenaza del fuego de Satanás y de las calderas de Pero Botero, nos explota á satisfacción y gusto.

A tan poderoso elemento se han adherido el actual régimen y los políticos al uso, formando todos un cuerpo que, si ha deshonrado y empobrecido á la Nación, y ha llegado hasta la insolvencia del Estado, en cambio la Sociedad en comandita ha obtenido pingües rendimientos; y todos sus miembros, lo mismo los corporativos que los individuales, se han enriquecido hasta lo inverosímil.

Es claro que los elementos auxiliares que han contribuido y ayudado á la prosperidad social, han llevado participación en los beneficios. El pueblo ha sido la víctima; el contribuyente honrado, el industrial de buena fé, el productor que ha regado con su sudor la tierra, el trabajador, en suma, son los que, sin disfrutar de los beneficios, han formado el acervo de la Compañía, de la deshonra, de la mutilación y de la ruina de España. Pero es menester que esto concluya; que esa Sociedad ilícita de explotadores sin conciencia sea concursada ó declarada en quiebra; y que el pueblo, que ha contribuido con sus acciones de sangre y de dinero, se constituya en jurado inapelable para sentenciarla y condenarla, de la manera que ejecutan sus fallos los pueblos á quienes se ha arrebatado su honra, se ha derramado la sangre de sus hijos, se ha privado de integrante porción de su territorio y se ha llevado á la bancarrota.

Si el jefe del Gobierno ha invocado la revolución desde arriba; si las oposiciones—coautoras y cómplices en los desastres—han avanzado hasta suponer que, si no se hace como Silvela pretende, se hará desde abajo, pero con el solo objeto de conseguir concesiones parciales, sin llegar á las raíces del mal, hora es ya de que el pueblo, siguiendo estos consejos, practique un requerimiento, pero de una manera profunda y honda: desmochando el árbol, destruyendo su tronco y arrancando sus raíces.

Así podremos regenerarnos, hacer un presupuesto verdad, levantar el crédito español y demostrar que, no sólo somos solventes, si que también somos un pueblo culto y civilizado y una nación cuya riqueza puede rebasar la cifra

de un presupuesto de mil millones de pesetas.

No está el remedio en las economías, sino en el sistema, en los procedimientos y en el régimen.

Con régimen nuevo, fundado en la democracia, con la República, vendrán hombres nuevos, sin compromisos, que emplearán otros procedimientos y modificarán el sistema.

Las grandes Empresas mercantiles é industriales; las Sociedades bancarias y de crédito, sobre todas el Banco de España, usufructúan pingües beneficios que pertenecen al Estado.

El acervo pío, las capellanías y otras fundaciones del mismo carácter, aparecen dueñas de inmensos bienes, que del Erario público son.

Los políticos de cuenta y los grandes caciques provinciales y rurales se han enriquecido á la sombra de sus posiciones. Revisemos y desamorticemos todos estos bienes, ingresen en el Erario público, y España quedará solvente, con sus deudas liquidadas, y daremos un ejemplo al mundo de nuestra energía y de nuestra viril entereza.

La labor es tan sencilla como breve. La voluntad decidida del pueblo puede decretarla y ejecutar su determinación, si une la acción al propósito y pide consumir su turno, arrojando al abismo las caretas de malvados é hipócritas.

Nota del día

Desde muy antiguo se dice que la política no tiene entrañas, y... no es la política, son los hombres los que no la tienen.

Polavieja, soldado obscuro primero, soldado afortunado después, héroe luego, personaje más tarde, y camastrón en todo tiempo, en tanto fué un factor que recibía mercedes á cambio de servicios más ó menos útiles, la mordacidad, con su diente de acero, le respetó.

¿Qué le importaba á ella que aquel hombre, como tantos otros, fuera subiendo por la escalera de la vida, con mejor ó peor fortuna, si al cabo hacía lo mismo que los demás? Ya hubiera podido Polavieja descender de cualquier verdugo acomodado sin que nadie hubiera parado mientes en su árbol genealógico.

Pero llega Polavieja, como el burro de la fábula, á enseñarse en el estrado de las grandes figuras, cargado de alhajas, y fíjase la multitud... ¡y es claro! Le analiza de oreja á rabo, y le dice:

—¡Baja de ahí, necio! ¡No ves que tienes muy mala figura?

Coclea que coclea, y hasta quejase de que se le haya llevado al sacrificio.

—¡Quieto! —le dicen.—No hagas caso. ¡Cosas de la política! ¡La política no tiene entrañas!

Y no es la política la que carece de entrañas.

Tuviéraslas ese hombre ensoberbecido, mirando hacia atrás, y no hubiera recibido el bofetón de que le dijeran, como le dicen:

—Te podríamos perdonar tu fatuidad y tu ignorancia; pero no te perdonamos que te olvides de los tuyos—que mueren de hambre—mientras tú haces de pavo ciego en los dorados salones de la vanidad. ¡No es la política, eres tú, que tienes el corazón de corcholo!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

La Corte—que quiere decir las instituciones—está preparando la maleta para marcharse á San Sebastián á gozar del fresco.

Con este motivo, los salvadores de la Patria andan que beben los vientos buscando una fórmula que avanga á las minorías con el Gobierno, con objeto de declarar la clausura de las Cortes, porque se imponen los baños.

La mejor fórmula sería que el Sr. Villaverde, y el Sr. Silvela, y el Sr. Polavieja, y todos los demás señores que constituyen el Gobierno de la Nación, dimitieran en vista del fracaso que les han resultado sus planes regeneradores, pero... ¡que dimita el Papa!

¡Buenos son ellos para soltar el chicote, después del trabajito que les ha costado cogerlo por la punta!

El ministro hacendista, que parecía tener alguna más energía que sus compañeros, al fin se viene á todo con tal de seguir ajustando cuentas á cargo de la nación.

Que le dicen que sus presupuestos no sirven... Bueno, se harán otros.

Que le dicen que esa labor gigante de cobrar más si hay que pagar más lo hace cualquier chiquillo de la escuela... Bueno, nos conformaremos.

¡Y esto es un hombre de Estado en España!

El Sr. Silvela, por su parte, ha aguantado pacientemente el bofetón que le ha dado la realza, la que, al enterarse que el señor Presidente del Consejo de Ministros dijo que dejaría el poder si la Reina hacía donación de parte de la lista civil, inmediatamente anunció que cedía un millón de pesetas.

¡Y el Sr. Silvela tan fresco y tan presidente!

La situación, pues, es digna de una escoba.

A la reserva se marcha el almirante Cervera...

¡Cuando tengamos escuadra le avisaremos que vuelva! Le rogamos al Gobierno que estudie bien la manera de que el héroe de Santiago cobre su paga completa. ¡Nos ha llenado de gloria de los pies á la cabeza!

Habla un cura que no merece serlo:

«Hemos sido ordenados para sembrar por doquiera la paz y el amor, pero todo el mundo es nuestro enemigo. Y ese todo el mundo es el enemigo del alma cuya hostilidad eterna prometida por Jesucristo honra al que la merece, nó; es todo el país católico, gran número de almas puras y de seres nobles; eso nó lo ha prometido Cristo.

Enemigo nuestro es, en primer lugar, el diablo, nuestro padre; enemigo el alto clero que le sirve; enemigo el fraile, la monja, el jesuita y, por ende, la aristocracia que los sigue; enemigos las cofradías y asociaciones católicas; enemiga la prensa religiosa y la que nó es; enemigos los carlistas; más enemigos los integristas, los episcopales y los conservadores; enemigos los liberales todos; enemigos el maestro, el catedrático, el médico, el boticario, el hombre de ciencia, el artista, el obrero, el socialista, la mujer, el niño y hasta nuestra misma familia. Es horrible, da frío pensarlo.»

Así es en verdad. Pero no hay que echarle la culpa más que á vosotros mismos.

¿Por qué hacéis causa común con vuestros superiores jerárquicos?

¿Por qué os convertís en sempiternos adalaces en espera de mejor prebenda?

Y sigue el cura, curándose en el sitio que más le duele:

«El fraile nó tiene aranceles, nó impone; pide, se insinúa, se rodea de misterio. El pueblo que, odiando en su instinto de justicia la venta de los sacramentos, paga rabiando las tristes pesetas del arancel, cuya mayor parte es para el alto clero, da gustoso fincas y enormes sumas al fraile que nó lo cura, ni lo bautiza ni le sirve para nada, y que á la larga lo arruina desastrosamente.»

Todo eso es cierto, ciertísimo.

Pero también es cierto que sois los primeros en adular á esos bigardones porque los creéis cargados de oro y de influencias.

Si, como decís, sois los servidores del pueblo, porque con él estáis en contacto, ¿por qué no levantáis una cruzada contra toda esa gente que nos aniquila y os merma vuestros derechos?

Demostrad con firmeza la justicia de vuestra causa, y ya veréis cómo se os oye.

Dos tontos enamorados se metieron en la iglesia para hacer la tontería de casarse por sorpresa. Descubrieron el enjuague y se quedó la pareja como estaba, sin casarse y á la luna de Valencia ¡Tontos! ¡Tontos!... No es camino... para casarse la iglesia... Para llegar á una parte lo más pronto que se pueda, se abandona el arceite y se toma la verca. ¡Por la trocha, por la trocha, es como pronto se llega! ¡Tontos! ¡Tontos!... ¡Pobrecita! Lo siento solo por ella, porque él ya se habrá alegrado de que haya habido sorpresa!

Dice El País:

«La hermana del ministro de la Guerra nó es un sér imaginario inventado por El País; es un sér real de carne y hueso que vive, aunque por milagro, en Alcoy, y fué amamantada á los mismos pechos que el hoy marqués pontificio; se llama D.^a Dolores García Polavieja; tiene dos hijos, uno de ellos soldado, y el otro de oficio hojalatero, y se dedica en Alcoy á vender chufas y cacahuets cuando sus medios le permiten comprar dichas mercancías.»

¡Lo que tira la sangre!

¿Conocen ustedes á Polavieja?

¡Sí!

¿No es verdad que tiene tipo de eso, de vendedor de chufas y cacahuets?

Y sigue hablando el colega:

«Dijimos hace días que esa pobre señora recibía del ministro de la Guerra dos reales diarios á modo de pensión. Hoy tenemos que rectificar en un sentido doloroso. Hace siete meses que el hermano de D.^a Dolores García Polavieja suspendió esa pensión y nadie sabe que haya vuelto á concedérsela.

Esa infeliz señora ha de tener un concepto triste del apellido, al cual nó debe otra notoriedad que la de su miseria.»

Miseria que siempre será más honrada que esa mentida grandeza en que vive ese héroe de desecho.

Y apropiósito:

En la suscripción que tiene abierta dicho periódico en favor de D.^a Dolores Polavieja, se lee lo siguiente:

«Un cochero que recibió o 10 céntimos de propina del Sr. Polavieja por un servicio de tres horas, coche de puntón núm. 115.»

¡Lo dicho, hombre, lo dicho!

¡Si eso es un vendedor de chufas y cacahuets!

Que le pongan las alpargatas, le den el cesto y...

—¡Tol! ¡Tol!... ¡Aquí! ¡Una perrica de cacahuets!

Situación actual:

«Sufrimos vergonzosas derrotas; perdemos las colonias y nos quedamos tan frescos, sin que nadie aparezca culpable de tantas desdichas; se roban millones y millones, y los ladrones tan tranquilos; se denuncia por medio de la prensa que alguien comercia con los infortunios de la Patria, comprando barcos caros y material de guerra inútil, y nó hay poder que abra una información en averiguación de la verdad; se procesa y prende á unos generales y se deja que pasen en libertad á los que verdaderamente debieran estar presos y procesados; se forman Tribunales de honor y pagan las culpas de los gordos cuatro soldados y un cabo; todo se convierte en ridícula comedia, en agua de cerrejas; ni por pudor se ha hecho nada serio, ni digno, ni patriótico.»

Pero se hará, se hará...

Ahora nos vamos á baños.

A la vuelta... lo venden tinto.

Previsión y aviso que da un colega:

«No hay que dejarse los cortinones fuera, después de las doce de la noche.

Porque hay unos cuantos rateros que en cuanto las calles quedan desiertas, aprovechan esos descuidos, y encaramándose á los balcones, llevan á cabo tal hazaña.»

Y dirá algún curioso que nó haya estado en esta ciudad:

—¿Pero los balcones en Sevilla están tan bajos...?

—Sí señor: se tuvo la precaución de ponerlos al alcance de los rateros para que los periodistas pudieran hacer gacetas á falta de otros asuntos....

CARRASQUILLA.

Machacar en hierro frío

Esé aforismo es aplicable á los esfuerzos inauditos que hicieron insignes españoles de todos los tiempos y de todas las épocas, para aportar á su querida patria su parte de lauro, su piedrecita para levantar el anhelado edificio de la redención del pueblo.

Covadonga presencié el esfuerzo de Pelayo, y Santiago de Cuba presencié el esfuerzo de Cervera.

Nada de comentarios, nada de reproche; cada cual con su conciencia, y la historia, que suele ser justa é inflexible, que juzgue.

El aborrecido jesuitismo fué el génesis de todos los males que hoy padece la nación que más héroes dió al Universo, del teatro en el que se representaron las escenas más heroicas del mundo, la nación que asombró á la tierra ha-

ciendo trizas las cadenas de SIETE SIGLOS de esclavitud.

¡Ay! Rabia y rechinamiento de dientes causa el considerar el punto de rebajamiento á que hemos llegado.

¿Quién dice que por culpa de uno? Ese miente como un follón. Es por causa de todos; todos hemos contribuido á la ruina de la que fué envía del mundo entero, con una parte muy grande unos, menos grande otros é inconscientemente la masa del pueblo.

Aquí dejo hablar á un maestro que dice:

«Hay épocas en la vida de los pueblos en que, perdido todo criterio de verdad, falta la conciencia de todo sostén y toda guía; parece como que las generaciones se sienten arrastradas á un abismo sin fondo, sin que un destello de razón venga á iluminar el caos en que todo se precipita y sumerge; épocas en que la ciencia misma se agita en moldes mezquinos, en que el pensamiento abandona la esfera de los principios para perderse en la de los hechos, y en que llega á dudar de esa ley inmutable del progreso que desde sus primeros y vacilantes pasos preside la marcha de la humanidad.

Y en esas decadentes épocas, en esos momentos angustiosos de luchas indignas, de sorpresas rivalidades, de maldades y de infortunios, jamás falta un hombre que condensa el pensamiento de todos, y después de arrojarlo á la faz de sus contemporáneos, le transmite á la posteridad, unas veces con la acerba sátira de Voltaire, otras con la pintura fiel del secretario florentino. Mas cuando pasan esas dolorosas crisis, como si la sociedad, avergonzada de sus pasados extravíos, buscara un hombre para descargar su furor y personalizar en él todas sus culpas, atribuye á un hombre solo los errores de una generación entera, y lanza sobre él el tremendo anatema que no se atreve á fulminar sobre todo un siglo.

De este modo, á la muerte de Nerón respiró Roma, sin ver que sólo sus descaminos habían engendrado la tiranía; de idéntica manera creyó Francia; al sucumbir Robespierre, haber lavado toda la sangre vertida por el Terror. No de otra suerte, cuando murió Maquiavelo, Roma y Florencia anatematizaron su recuerdo, sin ver que no había creado, sino copiado escrupulosamente eso que luego ha dado en llamarse doquier maquiavelismo, y que parece autorizar todas las perfidias, todas las iniquidades, todos los crímenes y todas las traiciones.»

¿Por qué hemos de atribuir nuestras desdichas á tal ó cual politicastro que sólo tuvo como norma el miedo suyo y de su familia?

¿No tenemos la cicuta moral á nuestra disposición?

¿No vale tanto la muerte moral de un hombre público como la muerte moral de un militar?

¿Quién se atreverá á afirmar que gran parte de los oficiales que fueron deshonrados por los tribunales de honor, no fueron víctimas de errores, ó no fueron arrastrados á faltar al honor por órdenes recibidas de sus jefes jerárquicos?

¿Hay quien asegure que para destruir un árbol basta deshojarlo?

¿No sabe todo el mundo que para robustecer un árbol es preciso podarlo?

Ya se ve, empeoramos las causas y recogemos sus terribles efectos, queriendo intentar el traer un paliativo.

Que todos los prohombres de la Restauración fueron fatales á España, no hay que dudarlo.

¿Que Cánovas fué un hombre fatal? No era preciso esperar que una mano criminal y extranjera pusiera fin á su existencia. La muerte moral, la cicuta del progreso, el tribunal de la nación debió haberle relegado al olvido. El, el monstruo malagueño, puso en obra el adagio *Audaces fortuna juvat* y andaba, y á cada paso que daba, taconaba la cabeza de España y la hundía en el precipicio.

He oído decir á muchos, fanáticos unos, paniaguados otros, que si Cánovas hubiese vivido, la guerra con los Estados Unidos no hubiera estallado.

¿Y qué? ¿Hubiera sido eso suficiente para evitar los males que sobre el país se cernían? No, no. Hubiera continuado Cuba siendo el repostero del favoritismo. Hubieran seguido haciendo la lanzadera los funcionarios de los dos partidos que turnaban en el poder, y fatalmente la insurrección hubiera consumido las fuerzas vivas del país.

Los ríos de oro, formados con el sudor condensado de 3.000.000 de habitantes, hubiera ido, como fué, á parar en los bancos extranjeros; los poseedores de ese oro habrían continuado yendo á lucirse en los balnearios cosmopolitas, comprando magníficos hoteles en los Campos Eliseos, hasta que fatalmente la España proletaria habría sacrificado sus hijos para defender... ¿qué? ¿La integridad de la patria? ¡No! ¡No! y mil veces no. Para defender el boato de 300 personas, el hijo de otras 1.000 y el bienestar relativo de otras 2.000.

Los del primer guarismo, eran los altos funcionarios, los del segundo la empleomanía, y los últimos, los oficiales del ejército, los que, arriesgando la vida, cobraban mercedadamente un plus de campaña; de donde resulta que, aparte de estos últimos, las colonias americanas eran el negocio, no de la península, pero sí solo de 1.300 peninsulares. No tengo datos fijos de lo que eran esas cosas antes de la Restauración; pero bajo los reinados de Cánovas-Sagasta el hecho es indiscutible.

Hallaré detractores, pero me alegro de ello porque eso me probará que en ellos no ha muerto todo sentimiento de dignidad, y que el agradecimiento es de personas bien nacidas, aunque participes de las desgracias de la Nación.

Pues nada, ya sabe el gran tribunal del país

lo que le queda que hacer. No deshojar, no podar. Cortar por lo sano, ó por lo que, siendo carcomido, parece sano.

Si guiendo las enseñanzas del hombre insignificante que siempre fué objeto de un culto venerado, creo que la muerte moral es tan eficaz como la física.

Así es, que: Sagasta, ese viejo marullero, darle pasaporte para la Rioja. Silvela y sus compinches Pidal, Villaverde y Duran, al demonio que se los lleve.

¡Qué disparate! ¡Y cómo nos lo arreglamos para obtener un resultado tan halagüeño?

En trabajos sucesivos expondremos nuestra modesta opinión.

A. V. C.

Calma aparente

Bajo la tersa superficie del Océano de las pasiones, hoy en calma, está el burbujeo denotador de que pronto se agitará el oleaje convirtiéndose en deshecha tempestad ese mar, ayer turbulento, hoy risueño y apacible... Calma aparente se llama este estado de la opinión que mira, al parecer con indiferencia, el desarrollo de los acontecimientos.

Pero el gobierno de Silvela, torpe y provocador en todos sus actos, toma esta calma aparente por real y efectiva, y se prepara con actos de venganza bajuna al desquite de pasados acontecimientos, dejando caer la férrea mano de la justicia—no de la que verdaderamente lo es, sino de la que se inspira en las instrucciones que recibe—y hace caso omiso de la ley, sobre aquellos que supone culpables de pasados motines y tumultos.

Ayer, Roberto Castrovido, un escritor demócrata, honrado y de talento, fué conducido entre guardias civiles, desde Madrid á Valencia, como un criminal de la peor estofa, por el grave delito de haber sido valiente con su pluma diciendo al país muchas verdades, verdades incontrovertibles, por estar basadas en la lógica de hechos consumados.

Y aquí, ya se sabe, no se puede decir la verdad, porque, diciéndola, hay que descubrir muchas infamias y miserias que no conviene que sepa el pueblo, á los que disfrutan del turrón del presupuesto.

Hoy es en Bilbao donde se detiene y encarcela á un concejal socialista porque socorría á los obreros declarados en huelga por no querer ser víctimas en su trabajo de explotación infame...

Y en tanto esto sucede, no se nota la más leve señal de tempestad en la tersa superficie del Océano de las pasiones, sobre cuyas tranquilas aguas boga la nave del Estado buscando puerto. ¿Le encontrará?... Imposible; lleva á bordo el lastre formado por todas las torpezas de los gobiernos de la restauración, las infamias de los abusos autoritarios, el peso reaccionario con sus Pidales, Polaviejas y Comillas, el recuerdo de nuestras vergüenzas guerreras y la obra financiera de Villaverde amenazando la bancarrota.

Hoy se sostiene la nave del Estado, aunque sus bordas están casi metidas en agua por el enorme cargamento que conduce, á causa de la tranquilidad aparente en que vivimos, y acaso encontraría puerto de refugio si la guiasen capitán y piloto más expertos que Silvela y Polavieja.

Pero con éstos será facilísimo que le sorprenda en alta mar la borrasca, y la nave sepulte todo su cargamento, que destrozará con sus embates el oleaje enfurecido del pueblo harto de sufrir vejámenes y atropellos.

El día no ha de tardar; bajo la risueña placidez de ese mar de la opinión se agitan, en burbujeo amenazante todas las pasiones que hasta ahora fueren contenidas por el dique de la prudencia.

Pero ésta no puede seguir imperando, cuando un gobierno la provoca con actos de venganza bajuna, como lo son las prisiones de Castrovido y la de los concejales socialistas de Bilbao.

X.

De actualidad

LA PRENSA MADRILEÑA

El Imparcial discute con D. Genaro Ala acerca de la pasada guerra con los Estados Unidos, afirmando que los vaticinios se hicieron sobre cifras equivocadas.

El Liberal insiste en que hay disgusto entre Pidal y el gobierno.

Considera el periódico inexplicable que no le despidieran en la estación los ministros y que solo presidiera una sesión del Congreso.

Dice *El País* que el pueblo, los políticos y los gobernantes han perdido el decoro y la vergüenza.

Todo se reduce á buscar fórmulas para sufrir humillaciones.

La altivez castellana y los puntillos de honor son leyendas que huyen.

¡Pobre D. Quijote, que en sus últimos y desdichados tiempos no puede retirarse á su hogar repitiendo la frase de Francisco I, porque por perder, lo ha perdido todo, incluso el honor!

MAC-KINLEY RESPONSABLE

Nueva York.—El *World* afirma que la deplorable situación del archipiélago filipino se debe á la manera que empleó el presidente Mac-Kinley para proclamar la soberanía de los Estados Unidos, contrariando los intereses y tradiciones yankees.

Mac Kinley—afirma el periódico—es el único causante y responsable de cuanto ocurre. El *Journal* también dirige ataques durísimos al presidente de la República.

La campaña de Filipinas tiende á evitar que el general Otis adquiriera popularidad, pues alentando ésta podría convertirse para el presidente en un rival peligroso en las próximas elecciones.

HONOR Á CASTELAR

En el Congreso el Sr. Moya defiende la proposición pidiendo se coloque una lápida que perpetúe en la Cámara popular la memoria del gran tribuno.

Asóciase á dicha proposición pronunciando elocuentes y sentidas frases, el Sr. Muro que califica al tribuno de gloria de la humanidad, de la patria, de la democracia y del arte; y el señor Navarro Reverter que elogia á Castelar como el hombre que reunió las dotes que jamás acumuló ningún ser.

El Sr. Sol y Ortega se asocia á la proposición Moya á nombre de sus amigos que firmaron el Manifiesto á Castelar.

Elogia á éste por su valor cívico, salvando las situaciones más críticas de España.

El Sr. Linares Rivas se asocia á nombre de la mayoría.

El Sr. Maura evidencia que el gran Castelar era una gloria y término excitando á que se siga su obra patriótica en favor de la democracia.

El marqués de la Viesca se asocia en nombre de Cádiz, ciudad donde naciera el tribuno.

El Sr. Canalejas entiende que la proposición pertenece á España entera.

El Sr. Suarez Inclán (D. Julián) se asocia en nombre del ejército.

El Sr. Romero Robledo se felicita de que desaparecieran las discordias políticas, llorando unidos la muerte del gran estadista.

El Sr. Sagasta hace un elocuente panegírico y espera que Dios habrá de conceder en el cielo á Castelar igual lugar preeminente que en la tierra.

El jefe del gobierno consigna que Castelar descolló principalmente por su patriotismo que se reflejaba en todas las manifestaciones de su vida.

Excita á todos á seguir el ejemplo del orador fallecido, sacrificándose en bien de la patria.

(Seleen varios mensajes de pésame, enviados por otras Cámaras extranjeras.)

El Sr. García Alix, resumiendo, hace un breve elogio del Sr. Castelar, del que dice fué á morir á orillas del Mediterráneo, donde tantos triunfos alcanzó España, huyendo del Océano, donde sufrimos los desastres.

Se aprueba por unanimidad la proposición del Sr. Moya.

LOS AZUCAREROS

Madrid.—En la reunión de los diputados azucareros procuró el Sr. Romero Robledo y todos los presentes, entre ellos algunos ministeriales, se pusieran de acuerdo los diputados alcoholeros con otras clases perjudicadas por los presupuestos.

El Sr. Marqués de Portago, ministerial, contestó que se limitaría á defender la riqueza propia del distrito que representa.

Se nombró una comisión compuesta de los Sres. Conde de Benalúa, Lozano y Aguilera, para que prosigan las gestiones.

LO DEL MOTJUICH

Madrid.—Se ha reunido la comisión de la revisión del proceso de Motjuich para concertar lo que opina la ponencia.

Mañana se dictaminará sobre este trabajo. Dicese que la mayoría de la comisión propone conozca el Consejo Supremo de Guerra y Marina ó el Tribunal Supremo, según los casos.

El Sr. Sol y Ortega declaróse partidario de que en todos los casos entienda el último.

LOS ABOGADOS

Madrid.—Ha terminado sus tareas la asamblea de abogados, habiendo acordado pedir la supresión de las Audiencias territoriales y que las provinciales conozcan en los asuntos civiles.

EL PROBLEMA PENDIENTE

Madrid.—Se ha comentado el acuerdo tomado ayer por el Congreso.

Se cree que el Gobierno y las minorías hallarán una fórmula que permita las vacaciones de las Cortes.

En caso contrario, quizás de seguir el gobierno, costase dimitir á Villaverde, pues se duda que las minorías le aprueben los proyectos que considera indispensables.

Además, se sabe que el Senado, en el caso de abstenerse las minorías, faltaría número suficiente de senadores para aprobar las leyes.

De otra parte, en el Congreso será difícil retener á los diputados todo el verano.

POR LA JURISDICCIÓN ORDINARIA

En el proceso que pende ante los tribunales militares contra el redactor de *El Pueblo*, de Valencia, D. Roberto Castrovido, se entablará la competencia de jurisdicción.

El Sr. Canalejas sostendrá ante el Tribunal Supremo el derecho de los tribunales civiles para entender en el proceso.

VOTO PARTICULAR

El señor De Federico ha presentado el siguiente voto particular al proyecto de la deuda:

«La ley 28 de Junio autorizando el pago de las obligaciones de la deuda el 1.º del actual registrará también para los vencimientos del 1.º de Octubre próximo.»

CONTRA UNA PLAGA

Los diputados de las regiones atacadas por la langosta, interesados, por tanto, en la extinción de la plaga, han acordado hacer preguntas al Ministro de Fomento, con objeto de arrancarle declaraciones que ratifiquen sus ofrecimientos, hechos en nombre del Gobierno, para acudir al socorro de los pueblos damnificados.

También se proponen gestionar del Ministro de la Gobernación que castigue á los alcaldes que no cumplan con su deber en el extinguimiento de la plaga.

EL GOBIERNO Y EL BANCO

Se han roto las relaciones entre Villaverde y el Banco de España.

Apesar de que el Gobierno lo niega, asegúrase que el Conde de Torreanaz ha dimitido el cargo de Gobernador del Banco.

El contingente militar

Piensen lo que quieran los que á sí propios dan en llamarse prácticos y positivistas, nosotros entendemos que el derecho no ha sido sustituido por la violencia, sino que todavía la falta de pretextos susceptibles de interpretaciones convenientes al egoísmo ajeno, garantiza la independencia nacional y la integridad del territorio patrio.

Sobre esta base sostiene su independencia Suiza, Bélgica y otras naciones, imposibilitadas de mantener un ejército tan numeroso como el alemán, ó una marina tan fuerte como la inglesa.

Sobre esa base España debe asentar la inviolabilidad de su territorio.

El orden interior, la solvencia, imprimen á nuestro derecho fuerza muy superior á la de los 108.000 hombres que el general Polavieja pretende poner en pie de guerra para el presente año económico.

Y el orden interior y la solvencia son consecuencia del bienestar material, como éste, en parte, lo es de que no se asignen cientos de millones de los ingresos ordinarios á los gastos de Guerra y de Marina.

Estas consideraciones nos inducen á calificar de excesiva la cifra de fuerzas permanentes que intenta fijar el general Polavieja; 108.000 hombres son un alarde de fuerza impropio de nación que debe vivir el recogimiento para evitar la agresión del exterior, que seguramente no podrían repeler aquel número de hombres.

Pero—se dirá—no son sólo los peligros exteriores los que conviene precaver, sino también los interiores, los trastornos de nuestra casa, los movimientos del país revolucionario, retrógrado ó avanzado.

Contestamos á este argumento como al anterior. Si la opinión española fuera decididamente partidaria de un cambio de régimen, no habría de poder ser contenida con violencias y fuerzas, sino con soluciones. La historia demuestra hasta la saciedad que el movimiento progresivo de los pueblos podrá haber sido contenido, nunca ahogado; se habrá retardado el advenimiento del régimen constitucional, pero nada más, porque éste impera y rige en toda Europa, con la sola excepción de Rusia, donde no tardará en triunfar; se logrará alargar la vida de la Monarquía, que impedir que venga la República es imposible...

Y en cuanto á los movimientos represivos, menos temores debemos abrigar: los partidos retrógrados, el carlismo español, no pueden triunfar, porque perecería asfixiado por el ambiente, porque le falta atmósfera adecuada. Si aún quedan vestigios de él es precisamente por haberle respaldado, por no haber democratizado lo bastante al país.

No alejando, sino aproximando los peligros exteriores con el desequilibrio que introduce el destino de importante cantidad al sostenimiento de exageradas fuerzas permanentes; y no siendo éstas tampoco garantía de orden en el interior, ¿qué razón puede abonar la fijación en 108.000 hombres del contingente armado? Ninguna, según nuestro modesto sentir.

Mas como no pretendemos del no expuesto sostener la teoría de que el ejército sea inútil, ya